—Son como son. –apurado trataba de llegar a las bragas, aun de pie afuera de la residencia de la familia Amézquita.

—Qué casota, se ve que tienen buen gusto.

—¿Te parece?

—¿Me vas a dejar aquí afuera? –dijo divertido, risueño, lleno de rencor por su vida aburrida de siempre, aunque había un miedo que lejos de desaparecer vociferaba al fondo.

El colmo era que ni llave cargaba. Le hizo descalzarse sus tacones y le mostró los movimientos para trepar y luego brincar, intrusión que él secundó.

Cuando trepaba, el jardinero le vio los huevos a don Ezequiel, visión que tomó a broma norteña y pelada y su conquista, al principio nerviosa, rompió a carcajadas al tiempo que caía dentro del jardín.

—Qué pinche casota, tus patrones han de ser bien tranzas.

—Sí… y el güey se ve que ya ni se coge a su vieja.

—¿De verdad?... ¿Adónde me piensas meter?

—A mi cueva, ¿dónde más?

La invitó a pasar a su cuarto, una habitación que formaba parte de un conjunto de teja y adobe al fondo de la floresta, tras un tapiz de helechos, campanas y heliotropos. Dominaba al jardín la emoción del hueledenoche.

No supo el empleado con quien se había metido. Ya tarde, a media voz, después del sexo, le pidió que le sobara los pies. Lo hizo con cariño y don Ezequiel pensó que su cuota de humildad había quedado cubierta hasta la tumba. Escapó cuando los pájaros cantan huye reina, huye, que tu reino y el reinado aún peligran.

Al otro día, Everardo, el jardinero, se levantó con una cruda atroz y con la víspera desdibujada. El empresario, temprano, antes de la siete, habló con su esposa y ella le dijo que qué caso tenía vivir juntos, si ella se la pasaba en el club o de compras y él en el trabajo. De manera extraordinaria, Ezequiel fue comprensivo, por poco tierno. Su mujer entonces pensó que a lo mejor, o a lo peor, no era tan infeliz como ella creía. Cuando Romualdo, el chofer, le abrió la puerta del automóvil para llevarlo al corporativo el jardinero barría la hojarasca, se vieron unos a otros sin sospechar siquiera que en uno crecía la soberbia y en el otro el amor.

Pasaron semanas sin que nadie sospechara sobre la magnitud de la aventura. Everardo, las noches más de la semana, no faltaba al Bardahl, ilusionado con encontrarse a Yu Yu, la vestida que había amado a un hombrezote como él, en la cama, vestidos, a medio vestir y desnudos. Por su parte don Ezequiel había capitalizado la experiencia, así lo hacía con todo. Como si no lo fuera, se hizo imperioso, vertical y a veces tosco, la mayor parte del tiempo surtiendo de ironías y malos presagios a la humanidad.

En casa llegó a preguntarle a su vieja (ahora así llamaba a su esposa frente a los demás y a ella misma) cuánto ganaba la servidumbre y en especial el jardinero….

—¿Cómo se llama?